

## **No hay democracia informativa sin democracia económica**

Por Juan Carlos Camaño; Secretario general de la UTPBA (1998)

Actualmente, secretario general adjunto de la UTPBA; Secretario general de la FELAP; secretario de Relaciones Institucionales de la CTA; Discurso de apertura en el Primer Congreso Mundial de la Comunicación UTPBA, auspiciado por la FELAP y el Centro Regional de la Organización Internacional de Periodistas (OIP). Buenos Aires, 11, 12 y 13 de septiembre de 1998.

El Primer Congreso Mundial de Periodismo y Comunicación-UTPBA, nos encuentra a los periodistas-trabajadores de prensa enfrentados a distintos retos, en una lucha que excede largamente los problemas que nos caracterizan como corporación. Y en tanto periodistas-trabajadores de prensa, además de entendernos con las reivindicaciones gremiales y profesionales de nuestra actividad, sentimos la necesidad y la obligación de decir en qué sociedad queremos vivir y no apenas informar sobre lo mal que vivimos. Ya sea en nuestro país, como fuera de él -en foros, seminarios, congresos y distintas actividades promovidas por organizaciones internacionales- hemos señalado permanentemente la necesidad de abordar las cuestiones que hacen a la realidad de la profesión periodística analizando el contexto económico, político y social del presente histórico.

### **1 – Globalización neoliberal**

Durante veinte años -mediados de la década del setenta a nuestros días- un pensamiento único, un discurso único y una práctica económica y política única se han constituido con carácter hegemónico en sistema planetario. El comercio de bienes y servicios responde a ese sistema y las relaciones de socialización, también. El resultado de tal imperio global, según lo demuestran diferentes estadísticas y mucho más la realidad padecida por miles de millones de hombres y mujeres, es desastroso.

Como es sabido: hay ricos cada vez más ricos y mayor cantidad de pobres que se empobrecen cada día. Constatándose de manera pronunciada que la subordinación a las leyes del mercado ha puesto en crisis a la gran mayoría de las naciones, los Estados nacionales, las estructuras políticas tradicionales y al sistema democrático del propio capitalismo. Se trata ahora, en todo el mundo, del imperio de los dueños del dinero a través de poderosas empresas transnacionales lanzadas a la conquista del total del mercado, mediante una arrasadora dinámica oligopólico-monopólica trazada en el campo financiero y en áreas estratégicas de la economía mundial.

En esa dinámica se inscriben, entre otros, los grupos de la comunicación, telecomunicación, informática y telemática. En todos los casos, actores privilegiados en materia de concentración económica y a la par, propietarios casi exclusivos de la industria cultural y de la producción, comercialización y circulación de informaciones y mensajes y del soporte técnico para la emisión y reproducción de aquellos. Lo cual revela la existencia de una dictadura global, tendiente a afianzarse frente a la impotencia de la actual democracia, asentada en el alineamiento y la dependencia de los tres poderes del Estado -Ejecutivo, Legislativo y Judicial- respecto de los grupos económicos más concentrados.

En su Estrategia a plazo medio para 1996-2001, la UNESCO reiteró que «se corre un riesgo importante», si la «alianza entre las comunicaciones, la informática y los medios audiovisuales» es aprovechada únicamente por «una minoría, en la comunidad internacional y en cada país».

Más recientemente el propio director general de dicha organización, Federico Mayor Zaragoza, refiriéndose a la educación y la pobreza en América Latina y el Caribe señaló: «...estas regiones tienen una de las distribuciones más desiguales y regresivas y el crecimiento se ha caracterizado por un reparto asimétrico, tanto en la creación como en la distribución de la riqueza, lo que constituye un factor de desequilibrio para el desarrollo, la democracia y la paz». (Diario Clarín del 17/4/98). Sin embargo, es innegable que hoy Estados y gobiernos han retrocedido ya lo inimaginable, so pretexto de la globalización, la modernidad y el supuesto progreso humano. Permitiendo que el totalitarismo económico -que se expresa también en el campo de las telecomunicaciones, la informática y la concentración en pocas manos de los medios de comunicación de masas- ahonde las desigualdades y condene a tres cuartas partes de la población mundial a una dramática sobrevivencia.

En línea con lo antedicho es interesante observar -y no a partir de estadísticas de por sí demostrativas- cómo muy pocas veces se manifiestan frente a lo que prefigura el armado de una especie de Constitución Mundial para justificar en términos legales lo que viene ocurriendo en la práctica. Parido por los «amos del universo» o «dueños del dinero» a comienzos de este año, empezó a circular en el seno de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) el borrador del denominado Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI). Allí se expresan las bases que permiten a los poderosos, a través de «la constitución de una economía mundial unificada», decidir por sobre cualquier legislación nacional, regional y por sobre gobiernos, parlamentos y ciudadanos, la libertad de acción de toda empresa transnacional en el territorio que sea. El poder omnímodo de los ricos arrasa así con la justicia social, la llamada democracia, la independencia y por ende con la democracia informativa. Y el derecho a la información, por ejemplo, no es más que el traje a medida de un puñado de privilegiados.

## 2 - La impunidad como sistema

La UTPBA ha sostenido desde hace años a esta parte, que es ilusorio y absurdo hablar de democratización de los medios de comunicación de masas sin crear las condiciones subjetivas y objetivas para una lucha político-social por la democratización de la economía. De esto se desprenden dos cuestiones básicas a tomar en cuenta:

En tanto y cuanto la concentración económica garantiza la libertad de prensa y expresión a escasos y poderosos grupos con capacidad de crear, recrear y expandir su pensamiento ideológico y político, la democracia para todos no es otra cosa que una democracia retórica.

Ninguna corporación -incluida la de los periodistas- y ninguna fuerza social afectada por el modelo «globalitario» (término acuñado por Ignacio Ramonet, director de Le Monde Diplomatique) -totalitarismo económico a escala mundial- podrá por sí sola enfrentarse con éxito al sistema de dominación vigente.

Existe hoy un marco de impunidad económica de tal magnitud que se torna impensable confrontarlo cifrando esperanzas en cualquier esquema de gobernabilidad política, si lo económico no es subordinado al interés común. O sea, a los intereses de la mayoría de la sociedad.

Los desocupados, subocupados, precarizados, marginados, analfabetos estructurales y los nuevos analfabetos, nacidos como consecuencia de no acceder a los adelantos tecnológicos, se cuentan por miles de millones de personas. Los que son considerados consumidores de bienes y servicios -según su poder adquisitivo- y actores pasivos -espectadores- frente a los medios de comunicación de masas. Especialmente frente a la pantalla del televisor.

Su única participación «democrática» se reduce a emitir un voto cuando se trata de elegir representantes y a colaborar por vía indirecta, mediante cierta presencia en el mundo del espectáculo, dentro del circuito comercial montado por las grandes cadenas mediáticas en los escenarios del entretenimiento.

La política, comúnmente desvinculada de la economía, pedalea en el aire respecto de ésta y se somete a sus dictados. Así la democracia se ha transformado en un enunciado y como tal, ha quedado impedida de discutir y gobernar el principal eje alrededor del cual gira el actual estado de cosas: la inequitativa distribución de la riqueza.

Todas las miserias económico-sociales y los graves problemas derivados de la evidente y sórdida marginación a la que son condenados grandes sectores sociales serán solucionadas, a decir del debate de la hora, cuando se acabe la corrupción en la administración del Estado. Y aunque importante, parece poco, comparado con los billones de dólares en danza en el circuito financiero, la industria cultural y otras. Y menos aún comparado con la tasa de rentabilidad de las megafusiones universales.

La propiedad de las más grandes empresas de telecomunicaciones y medios de comunicación de masas en manos de selectos y poderosos grupos económicos transnacionales -invadiendo los espacios nacionales y condenando al capital local a asociarse en segundo plano o a la desaparición- es moneda corriente. Y ello ocurre transgrediendo cualquier legislación, desregulándola o reconvirtiéndola, al extremo de favorecer sólo la competencia entre monopolios.

Esto sucede con absoluta impunidad. Con la misma impunidad con que la economía decide la hoja de ruta por la que debe transitar la política. La misma impunidad que permite la aplicación de un modelo económico que impacta negativamente sobre miles de millones de personas, sin que nada ni nadie pueda cambiarlo. ¿En qué ámbito democrático se decide un plan económico y no otro? ¿Acaso, la mayoría de la sociedad decide la existencia de los monopolios y oligopolios que actúan por encima o por fuera de la legislación de un país? ¿Qué rol cumplen los representantes del pueblo frente a los que de hecho aplican políticas económicas que atentan contra la vida y la dignidad de sus representados?

En esa realidad se ejerce hoy la profesión periodística. Por eso, subrayamos la necesidad de no encapsularnos en lo corporativo, dado que el desafío trasciende la corporación y nos convoca a decir y actuar desde la profesión, pero ante todo, desde nuestra condición humana.

La profesión, las relaciones laborales, la atención de nuestra salud y la de nuestras familias, el entretenimiento, el deporte, las distintas manifestaciones culturales, la educación, nos incumben no únicamente como periodistas, sino principalmente como seres humanos. Y el destino de la sociedad en su conjunto nos compete, en tanto miembros de ella, no apenas como espectadores y relatores de lo que ocurre.

#### ACTIVIDADES

Después de leer atentamente - subrayando las ideas principales, extrayendo los conceptos claves y consultando el diccionario cuando haga falta - realiza lo siguiente:

- 1 - Enumera algunas características importantes del mundo contemporáneo.
- 2 - Indica algunas consecuencias que tienen esos cambios en las comunicaciones.
- 3 - Explica con tus palabras el significado del título.
- 4 - Propone otro título que te parezca apropiado.